



**TALLER LITERARIO SIGLO XXI**  
**por Sergio Gaut vel Hartman**

Nunca fui un escritor “de taller literario”. Mi formación “técnica” (en el campo de la literatura) es escasa y mal podría ser docente sin haber sido alumno. Para colmo de males, todas mis noticias acerca de talleres, transmitidas por los amigos que los frecuentaban, servían para deducir que se trataba de lugares de culto erigidos por el sacerdote de turno para lograr la devoción de una grey boquiabierta y deslumbrada.

No obstante, mi descreimiento de la eficacia de los talleres literarios tradicionales, con los gurúes inyectando el propio estilo en sus acólitos y éstos recibiendo adoctrinamiento, como mansas víctimas de los Testigos de Jehová, no alcanzó nunca a invalidar mi certeza de que la literatura “cruda” no existe, que el resultado final, la obra impresa, debe cumplir los requisitos de toda expresión artística: la terminación, el acabado pulido y prolijo, el equilibrio de las partes y el respeto por el destinatario, el lector, requieren que el escritor maneje las herramientas de su oficio, exprimiendo al máximo sus talentos y cuidando los detalles hasta la exasperación.

En este punto (casi escribo “encrucijada”) quedan instaladas las necesidades, pero de ninguna manera garantizo una satisfacción segura, por lo que cabe preguntarse si el didactismo cristalizado de los “maestros” no puede resultar más perjudicial que beneficioso. Al mismo tiempo, si más allá de ofrecer ideas estimulantes y tramas atractivas, la razón de ser de la creación literaria, el escritor está obligado a presentar obras pulcras y cuidadas, ¿dónde se obtienen los recursos para alcanzar tal objetivo?

No tengo una respuesta definitiva, ¿qué creían? Puedo aburrirlos con anécdotas y experiencias personales, pero no soy tan perverso, no en este



momento y lugar, aunque he elucubrado algunas conjeturas seductoras que quiero y puedo compartir con ustedes.

Empezaré con una verdad de Perogrullo: la sociedad humana ha cambiado, en los últimos veinte años, con una velocidad e intensidad nunca antes registrada, si aceptamos lo que nos dicen los especialistas... y lo que vemos con nuestros propios ojos. Por lo pronto, para encontrar un antecedente equiparable al impacto que Internet provocó en la vida cotidiana de la gente, deberíamos remontarnos al invento de la imprenta de tipos móviles de Gutenberg. Sin embargo, aunque está claro el impacto que en el mediano y largo plazo produjo la utilización de este nuevo recurso para la publicación de lo que algunos seres humanos escribían, es complicado determinar cómo afectó la vida cotidiana de los millones de analfabetos de mediados del siglo XV; es casi seguro que la mayoría de ellos ni siquiera se enteró de que existía algo como la imprenta de tipos móviles de Gutenberg.

Así y todo, no está en discusión que durante la segunda mitad de ese siglo se produjeron más libros que en los dos mil años precedentes, pero eso es una mera cuestión estadística y sólo a partir del siglo XVIII, fue posible visualizar que la imprenta había llegado para activar la transferencia de información y que esa forma, con ligeras variaciones, se ha mantenido viva hasta hoy. El conocimiento dejó de estar al alcance de un puñado de elegidos, para abarcar a un creciente número de personas, y reemplazó a la narración oral a medida que se generalizaron las ediciones de libros, diarios, revistas y periódicos. Los dos últimos siglos, en los que la literatura floreció de un modo incomparable, dan fe de que el "efecto Gutemberg" ha sido uno de los motores más significativos para que la cultura de las criaturas humanas que habitan el planeta Tierra experimentara un impulso significativo.



Pero como señalé más arriba, el impacto de Internet en la sociedad, en especial por el modo en que aceleró y facilitó las comunicaciones, obliga a repensar todo el fenómeno de la expresión de las ideas literarias. ¿Ha cesado el efecto Gutenberg? ¿La cultura de la imagen ha reemplazado a su vez a la palabra escrita? ¡En absoluto! Pero estamos, como tal vez nunca antes en la Historia, ante un proceso que, sin haberse agotado, deja su sitio a otro.

En un prólogo que sirve de base a este artículo, escrito para dar marco a un libro muy especial, *Desde el Taller* (Ediciones Desde la Gente, Buenos Aires, 2007), remarqué el hecho, para mí muy significativo, de que ese libro se había impreso en papel con una técnica moderna que, sin embargo, no difiere en lo sustancial de la empleada por Gutenberg. Pero una cosa es la técnica empleada para imprimir el libro y otra muy diferente qué clase de libro es *Desde el Taller*. Puedo decir sin temor a equivocarme que ese libro es el producto de la revolución informática que ha sacudido al planeta en los últimos años con la fuerza de un huracán, permitiendo una cantidad de acciones y procesos impensables cuando la mayoría de nosotros éramos niños: se trata de un cambio reciente, motorizado por transformaciones tecnológicas que marcaron de un modo decisivo los hábitos y costumbres y que han comenzado a poner recursos insospechados al alcance de un creciente número de personas. Así ha sido en el caso de la literatura, por lo menos. ¿Me permiten que informe acerca de los alcances y consecuencias de este fenómeno?

El 4 de julio de 2004 se lanzó Comunidad CF para canalizar el interés de lectores, escritores, traductores, ensayistas, artistas y editores por los géneros que limitan con el fantástico. Apenas un mes después, y como consecuencia natural de la necesidad de muchos de los miembros de Comunidad CF en el sentido de que deseaban perfeccionar sus herramientas



expresivas, se crearon siete talleres virtuales en los que los anotados se mostraban sus trabajos y se los criticaban mutuamente. Estos talleres fueron mutando y en función de las experiencias adquiridas, tomaron rumbos diferentes. Algunos se cerraron, para que el grupo pudiera encarar cuentos colectivos o trabajar con profundidad las ficciones, sin la aparición de nuevos miembros a los que hubiera que poner al día de lo actuado, con el consiguiente gasto de energía y pérdida de concentración. Uno de esos talleres, el Taller 7, eligió crecer indefinidamente y al cabo de un año de vida tenía alrededor de doscientos miembros. No es mi propósito contar aquí la historia del Taller 7, sino explicar de qué modo el grupo más activo (unos cincuenta escritores, entre experimentados y novatos), llevaron adelante la organización del Taller para adecuarlo a sus necesidades, cómo aprendieron a depurarse de los inactivos y negativos (que nunca faltan), establecieron reglas de trabajo, crearon proyectos, ofrecieron consignas, organizaron ejercicios y proveyeron a los interesados de recursos técnicos (estilísticos, sintácticos, conceptuales) que les permitieran, en la primera estación del camino, elaborar un libro como el ya mencionado, *Desde el Taller*.

Lo más interesante de tal explicación es que los cuentos reunidos en ese volumen fueron escritos por creadores que viven en diferentes países y que, no obstante, se ayudaron unos a otros a partir de la actividad regular desplegada en el taller. La escritura virtual consiste en reunir a los creadores experimentados y a los que están haciendo sus primeras armas para que trabajen solidariamente en un mismo espacio. La consigna es ayudarse mutuamente para crecer en el plano artístico y personal y el libro mencionado es el producto de la tarea que emprendieron.

No me voy a extender demasiado explicando el funcionamiento del taller. Será suficiente que diga que semanalmente se exponen tres o cuatro cuentos, los que son leídos por todos los que participan, comentados,



destripados y vapuleados. Los autores reciben una primera andanada de opiniones y luego de observar lo expuesto, someten el cuento a una corrección. A veces quedan conformes y otras veces no. A veces el cuento vuelve una y otra vez al taller y es analizado con el autor por grupos de voluntarios en comisiones ad hoc (más pequeñas que el pleno del taller) hasta que éste queda mediana o totalmente satisfecho. A veces, uno de esos cuentos gana un concurso internacional, como ha sido los casos de Miguel Ángel López Muñoz y Germán Amatto, o se publica en una antología como ya viene ocurriendo con regularidad.

Esta no es la única forma de trabajo, pero no deseo aburrirlos con detalles. Lo importante de un taller de estas características es su condición de abierto y gratuito. A los que participan se les reclama que se presenten y compartan experiencias con los demás usando su identidad real, ya que los anónimos —un vicio muy extendido en Internet—, no pueden asumir la responsabilidad de una crítica y mucho menos recibirla. De allí en más, la cuestión es sumarse con ganas a las actividades colectivas. Se expone lo que se escribe y se lee lo que otros escribieron. Hay coordinadores, pero de ningún modo hay jefes, líderes iluminados que enseñen a escribir. Pocas veces se ha visto en funcionamiento un colectivo que pueda estructurarse en torno a una idea y no a una persona. Pero éste es el caso. Actualmente el Taller 7 está coordinado por el valenciano José Vicente Ortuño y secundado por un grupo de miembros activos y tenaces.

Pero la historia no termina en este punto, aunque podría terminar y todos estaríamos tan felices... La publicación de *Desde el Taller* generó una suma de dinero, pagada por la editorial y destinada a los autores, aunque estos, interpretando que el dinero debe circular (y conscientes de que en el reparto la porción individual no sería significativa) decidieron crear un fondo, aportaron algo más y así nació Ediciones Sinergia, un



emprendimiento que se gestó en el Taller 7 y capitalizó todas las ventajas de la era digital.

¿Podemos pasar de lo particular a lo general? ¿Qué significado tiene que un grupo de escritores haya formado un taller literario “de ayuda mutua”, que una editorial les haya publicado un libro y que eso haya servido para ser el puntapié inicial de un emprendimiento original y ambicioso?

La primera respuesta hay que buscarla en la nueva forma de expresión que suponen los sitios, portales, webs, blogs, e-zines y demás recursos de la era digital. La posibilidad de mostrar sin restricciones lo que se escribe, que dio lugar a la proliferación de espacios, constituyó una suerte de primera generación de plataformas. Pero esa misma falta de límites no tardó en volverse contra los que creyeron que todo se reducía a pegar las propias creaciones. En el taller, el rigor con que los participantes analizan las obras de sus compañeros, las correcciones que sugieren, el modo en que se orientan los temas para producir proyectos con cierto grado de coherencia, tiene las ventajas que se visualizan en una editorial “profesional” y ninguna de sus desventajas. Por lo pronto, es posible revalorizar un formato maravilloso, eclipsado con la excusa de que “no vende”. Estoy hablando del cuento, por supuesto. Los escritores, salvo que sean muy conocidos y visibles para el lector, reciben una negativa cerrada de parte de los responsables editoriales cuando se les presenta una colección de cuentos de un autor o una antología. Esa barrera queda franqueada cuando el colectivo de escritores organizados saltea la inhibición y se lanza al ruedo y le ofrece al lector un volumen de cuentos. El cuento es formador y forjador y su importancia, menoscabada por las necesidades comerciales, que lo relegan a un segundo plano, no puede ser discutida.

No en nuestro caso, por cierto. Los portales, sitios y e-zines se nutren del cuento y ya existe una nueva generación de lectores, que aún no habían entrado “al mercado” cuando se puso en marcha la limitación a los libros de



cuentos, que los saben y quieren leer y los aprecian, más allá de que las sagas inacabables sigan ocupando el lugar preferencial de los escaparates.

Los límites de este pequeño ensayo no me facultan para analizar el proceso con mayor profundidad, pero prometo hacerlo en breve. No obstante, y para cerrar y sintetizar lo expuesto, propongo centrar la atención en las características de esta revolución dentro de una revolución, es decir, la posibilidad que está al alcance de la mano de escritores, editores y lectores, potenciando su actividad a partir de las facilidades que brindan las nuevas formas de contacto e intercambio y, por añadidura, los nuevos géneros literarios que pueden derivar de la exploración de los recursos y de las nuevas configuraciones que proponen.

Así como la era de Gutenberg supuso una oportunidad de cambio en su momento, algo que no había forma de visualizar mientras ocurría, nosotros estamos inmersos en otro cambio trascendente que seguramente nos llevará a un territorio inexplorado. Sujétense fuerte, porque tal vez este no sea un viaje en primera, pero no pierdan la oportunidad de ser pioneros y colonizadores de un nuevo mundo. Gutenberg se hubiera sentido tentado a acompañarlos.

**Autor: Sergio Gaut vel Hartman; Argentina.**

**Artículo inédito.**

**Teorema Z. [www.libroandrómeda.com](http://www.libroandrómeda.com)**